

FIESTA DEL BAUTISMO DEL SEÑOR, CICLO C

EL AMADO, EL PREDILECTO

Por Alfonso Martínez Sanz

Lecturas: Isaías 42,1-4. 6-7; Hechos 10,34-38; Lucas 3, 15-16. 21-22



1. Poco a poco, y casi sin darnos cuenta, se han ido pasando los días gozosos y alegres de la Navidad, en los que hemos celebrado, recordándolo y haciéndolo presente sacramentalmente, el gran acontecimiento de la historia humana, la Buena Noticia que daban los ángeles a los pastores: *os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor*. La celebración de la Epifanía del Señor, día de ilusión para niños y mayores, nos indicaba que la Navidad estaba llegando a su fin. Hoy, domingo siguiente a esa gran Solemnidad, vivimos y celebramos la fiesta del Bautismo del Señor, culminación del tiempo navideño, y paso para el comienzo del tiempo ordinario.

El Niño de Belén, que hemos mirado con cariño y admirados lo hemos adorado, fue creciendo como cualquier otro niño. Fue creciendo en edad, sabiduría y gracia, durante su estancia en Egipto, a donde había tenido que huir, porque el rey Herodes quería matarlo. Y fue creciendo, al regresar a Nazaret, en donde vivió hasta los 30 años, obedeciendo a José y a María, pues les estaba sujeto, y trabajando en el taller del glorioso San José. Su modo de vivir era totalmente normal, como uno más de los habitantes de su pueblo, nada de extraordinario. Sin duda que, dentro de su vida ordinaria y con la mayor naturalidad, Jesús destacaría por su honradez, por su piedad, por su buen hacer, por su modo de vivir la amistad, por su acogida, por un sin fin de detalles que expresarían su máxima perfección dentro de lo ordinario. Seguro que, a excepción de la Virgen y de San José, nadie pensaría que vivía entre ellos el salvador anunciado por Dios en el paraíso y profetizado, repetidas veces, por los profetas.

2. Pero la voluntad del Padre era que, a los 30 años, dejara Nazaret y empezara a anunciar el Evangelio del Reino, recorriendo los pueblos y ciudades de Galilea y Judea fundamentalmente. Él había venido a hacer la voluntad del que le envió. Por eso, dejó Nazaret y empezó su vida pública, siendo bautizado por Juan en un bautismo general. Pero, mientras oraba, el cielo se abrió, el Espíritu en forma de paloma se posó sobre Él y se oyó la voz del Padre que dijo: *Tú eres mi Hijo, el amado, el predilecto*. Fue el mismo Dios Padre quien comunicó a los hombres que el que estaba dentro del agua era su Hijo amado y predilecto.

Jesús, queriendo solidarizarse con nosotros, pecadores, recibió el bautismo de penitencia que administraba el Bautista, aunque no lo necesitaba, pues era la santidad misma. Y el que quiso acercarse al bautismo de Juan, instituyó el

bautismo, puerta de entrada en la Iglesia, sacramento de perdón y de gracia, uno de los siete sacramentos, conductos principales para que llegue a los hombres la salvación operada por Cristo.

3. Al celebrar la fiesta del Bautismo del Señor, recordemos el día en el que nosotros recibimos el bautismo instituido por Jesús. Fue el día más grande de nuestra vida. Lo que Dios hizo en nosotros y con nosotros, ese día, fueron cosas grandes, que Dios hizo en nosotros, como diría la Virgen. No sólo limpió nuestro Padre Dios nuestra alma del pecado original y de los pecados personales, si el bautismo lo recibimos de mayores. Nos concedió el don maravilloso de la gracia, con la que quedamos hechos hijos de Dios, participantes de la naturaleza divina, herederos del cielo. Y el Papa Francisco nos dice con toda la Iglesia que el *Bautismo nos incorpora en el cuerpo de la Iglesia, en el pueblo santo de Dios. Y en este cuerpo, en este pueblo en camino, la fe viene transmitida de generación en generación: es la fe de la Iglesia. Es la fe de María, nuestra Madre, la fe de san José, de san Pedro, de san Andrés, de san Juan, la fe de los Apóstoles y de los Mártires, que ha llegado hasta nosotros, a través del bautismo. ¡Una cadena de transmisión de fe! ¡Y esto es muy bello! Es pasar de mano en mano la luz de la fe.*

No podemos perder la capacidad de admiración ante tanto don, ante dones y gracias tan grandes y tan sobrenaturales. Si ahondáramos, aunque sólo fuera un poco, en lo que recibimos en nuestro bautismo, habría una actitud permanente de agradecimiento a Dios y una lucha personal intensa por vivir de acuerdo con la dignidad tan alta que nos ha concedido el Señor.

4. La conclusión a la que hemos de llegar hoy, contemplando a Jesús metido en el agua del Jordán y oyendo atentamente la voz del Padre, es decidirnos con firmeza a vivir generosamente los compromisos bautismales. Podría indicarse como primero de ellos el intentar vivir de manera permanente en gracia santificante, sin pecado mortal. Para ello, hay que mantener una lucha decidida en contra del pecado, sobre todo, del pecado mortal. Si, a pesar de la lucha, se cae en pecado grave, dada la debilidad humana, confesarse cuanto antes con toda confianza y sinceridad siempre y, de manera muy especial, en este Año de la Misericordia que estamos celebrando.

Otras dos cosas son imprescindibles para vivir los compromisos bautismales. En primer lugar, intentar ir por caminos de santidad. La vocación bautismal no es una simple llamada a decir no al pecado. Es una llamada a alcanzar la santidad en el propio estado. Lo exige nuestra condición de hijos de Dios, que es santo y nos invita a ser santos. Y, en segundo lugar, esforzarse por evangelizar la sociedad en la que nos ha tocado vivir. El seglar tiene como misión específica el cristianizar las estructuras de la sociedad con la palabra, con el testimonio, con la acción. Ciertamente, sobre todo en algunos ambientes, será difícil, incluso muy difícil, pero el laico cristiano que vive de la fe experimenta el *todo lo puedo en Aquel que me conforta*, que decía San Pablo.

5. Hemos de ser fieles a los compromisos del bautismo con la ayuda maternal de María, mujer fiel, como no la ha habido ni la habrá y Madre de Misericordia.